

La simple proximidad a aparatos electrónicos domésticos, antenas de telefonía móvil o transformadores es suficiente para hacer enfermar a Fina Carpena,

una profesora universitaria vallesana residente en EEUU que padece electro-sensibilidad, una patología todavía sin tipificar en nuestro país y que durante

varios años convirtió su vida en un tormento. Esta desconocida patología se manifiesta con numerosos síntomas que pueden llegar a ser invalidantes.

Alérgica al 'progreso'

La antropóloga Fina Carpena padece sensibilidad a los campos electromagnéticos

ISABEL LOPERA

Tras meses padeciendo un extraño malestar físico generalizado que llegó a invalidarla hasta el punto de no poder vestirse o comer sola, y después de visitar numerosos médicos estadounidenses — donde reside—, la profesora de antropología en la Universidad de Oregón, Fina Carpena llegó sola a la conclusión que su enfermedad estaba provocada por la exposición a los campos electromagnéticos.

Ansiedad, irritación, falta de fuerza, cansancio y dolor en las muñecas fueron algunos de los síntomas que comenzó a sentir cuando se marchó a realizar su tesis a la Universidad de Berkeley, en California. «No me decían claramente lo que tenía, yo tenía una sensación muy extraña, los huesos me ardían por dentro y tenía un estado de nervios que no me dejaba ni dormir; pero yo no dudaba de mi salud mental», explica Fina Carpena, que ha pasado unos días visitando a su familia. A medida que pasaban los meses y que trabajaba en su tesis al ordenador, sus síntomas empeoraban.

Paralizada

«Tenía la piel de las mejillas siempre como quemadas por el sol y se me tensaba la musculatura hasta el punto de que se me paralizaron las manos y tuve que instalar un programa de reconocimiento de voz para transcribir la tesis y contratar a alguien que me diera de comer», explica al tiempo que recuerda que los síntomas empeoraban cada vez que se postraba frente al ordenador. «Tenía la sensación de tener fiebre, pero el termómetro me lo negaba», dice.

Los médicos estadounidenses continuaban apostando por un diagnóstico de depresión, «pero yo sabía que no lo era, era un inmenso dolor físico y mental, acompañado de mucha frustración». A pesar de su precario estado de salud, Fina pidió una beca postdoctoral europea para continuar sus estudios en Cork, Irlanda.

Al poco tiempo de mudarse a este país —mucho menos poblado y sin tanta contaminación electromagnética— su salud empezó a mejorar, y la medicina alternativa contri-



D.S.

Fina Carpena debe vigilar con los lugares en los que hay aparatos electromagnéticos

El Hospital de Sabadell no tiene ningún caso

La electrosensibilidad forma parte de las nuevas enfermedades surgidas en el seno de las sociedades desarrolladas provocada por la exposición a campos magnéticos. Se trata de una contaminación constante, omnipresente e invisible. Dolor de cabeza, insomnio, cansancio crónico, irritabilidad, alteraciones de la piel como picor o quemazón, dificultad para concentrarse, pérdida de memoria, arritmias y taquicardia, desorientación, trastornos de la tiroides, escozor de ojos, debilidad capilar, rigidez muscular y manos y pies fríos son sólo algunos de los síntomas de esta patología que en nuestro país no se diagnostica pero que en Suecia ya ha comenzado a ser reconocida por los profesionales. De hecho, consultados los médicos de diferentes especialidades del Hospital de Sabadell, ninguno supo dar explicación sobre esta patología ni atribuirla a su ámbito de salud.

Afecta especialmente a personas con el sistema inmunitario debilitado o en fase de desarrollo como

enfermos, niños o ancianos, aunque cualquier persona con buena salud podría padecerla y aunque no es mortal, podría acabar degenerando en otras patologías como cáncer y provocar trastornos neurológicos. Además de la dificultad de diagnóstico, los enfermos han de hacer frente a la exclusión social o por amigos, familiares y compañeros de trabajo que no entienden su problema.

Los focos más recurrentes de contaminación radioeléctrica son las antenas de telefonía móvil, aunque también son bastante dañinos los teléfonos digitales inalámbricos, los flexos con bombilla halógena y los routers Wifi instalados en el interior de las viviendas. Los teléfonos móviles nos pueden exponer a altos niveles de emisiones sólo durante las llamadas. Aparatos eléctricos como radiodespertador o cadena de música pueden hacer enfermar a personas sanas. Los efectos de las radiaciones son acumulativos y se pueden ver agravados si además tenemos nuestra cama situada encima de una corriente de agua subterránea, una falla geológica o un cruce de líneas de la red.

Los afectados consideran que

la electro hipersensibilidad puede convertirse en el eslabón perdido que explique patologías tan dispares como la fatiga crónica, depresión, problemas circulatorios, ciertos tipos de cáncer, Alzheimer y otros muchos problemas recurrentes de salud para los que no se encuentran alivio. La solución a este problema pasa por evitar o reducir al máximo la exposición todas las fuentes de radiación, examinando atentamente los lugares donde dormimos, ya que es cuando el cuerpo está en reposo y es más vulnerable porque segrega una serie de sustancias vitales (hormona melatonina) para el correcto funcionamiento del organismo que se ven alteradas si estamos sometidos al electromagnetismo. Los metales pesados como el mercurio, el plomo o el cadmio se pueden acumular en nuestro cuerpo tras años procedente de alimentos contaminados, amalgamas en la boca o de tuberías antiguas que transporten agua que bebemos a diario.

buyó a dar sus frutos «aunque seguía teniendo la sensación de no tener clara la cabeza y problemas para dormir».

En EEUU, peor

Hace un año, su carrera profesional la llevó a mudarse de nuevo a los Estados Unidos, para impartir clases de antropología en la Universidad de Oregón. «Al llegar me compré un teléfono Iphone, y nada más ponérmelo en la oreja me ardía la cabeza y los tendones de todo el cuerpo y comenzó la irritación nerviosa». Las dificultades para dormir, el calor extremo dentro del cuerpo, el pensamiento y la visión borrosa y el cansancio extremo no tardaron en aparecer y llegó a sentir «shocks eléctricos por todo el cuerpo». Pero no fue hasta el día en que instaló un navegador en el coche cuando se percató de su problema con la electricidad. «La electricidad empezó a rebotar dentro del coche y la tensión me

DS

Fina vive en una cabaña en el bosque sin apenas electrodomésticos

paralizó, no podía respirar», añade. Su dolor es real y no es algo psicomático. Encontró un especialista canadiense, y se «autodiagnosticó».

Aunque su vida ha tenido que cambiar radicalmente, Fina se encuentra un poco mejor desde que sabe qué es lo que la enferma. Vive en una cabaña en el bosque sin apenas electrodomésticos, a 20 minutos de la universidad donde trabaja (lo máximo que aguanta dentro del coche), y cuenta con un medidor de frecuencia electromagnética con el que mide la radiación de los lugares a los que llega. Trabaja con un ordenador cuya pantalla proyecta en la pared para alejarse lo más posible, el dentista le ha quitado las amalgamas y pide a sus alumnos que apaguen los teléfonos y los ordenadores portátiles al entrar en clase. Además, ha forrado algunos gorros con hilos de cobre y plata para aislar su cabeza de las radiaciones cuando va a algún lugar ■